



Alonso Zamora Vicente

Veraneo

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Alonso Zamora Vicente

Veraneo

Estos chicos andan delgaduchos, es bueno salir al campo, en el pueblo estarán bien, habrá que mandarlos. Decidido: iremos a las casas de los abuelos, junto al Júcar, una gloria de tierra, y unas huertas que son una bendición, y luego, el fresquito del río, entre los chopos, y es tan agradecido cambiar de aires, y a ver si Dios quiere que paséis bien el invierno. Al campo. Muchos preparativos, y una mañana, suave niebla rosa de junio, las calles recién regadas, a la estación de Atocha. Gran asombro, el tren grande, es mayor que el de Campamento, tiene un pasillo a un lado y un retrete en medio, los vagones de primera tienen la taza con flores pintadas y una tulipa de colores encima del espejo, qué bien; con estos pasillos, el revisor no tendrá que salir en marcha por los estribos, qué comodidad, sólo lo hará [106] de vagón a vagón. Hemos llegado media hora antes, tantos bultos, tened cuidado al bajar, no os dejéis ninguno. Paco lleva la lista de las estaciones donde para el tren, no nos pasemos, las ha estado aprendiendo de memoria en una guía hace más de un mes. Además nos han recomendado al revisor y a un señor con barba y guardapolvos que va a Cartagena. Adiós. Una pena momentánea, el arranque. Aún hay gotitas de agua en el cristal, porque los han limpiado cuando ya estábamos dentro, con un cepillo de mango muy largo. Humo, traqueteo, un repasar las recomendaciones últimas, no te asomes a las ventanillas, te cegarás, no te restriegues los ojos con el puño si te entra carbonilla, es peor, y no vayas solo al retrete, puede haber alguna portezuela abierta, sé obediente, hay que escribir todas las semanas, no os peguéis, haced lo que manden las tías, cuidado con los pozos del río. Tantos peligros, tantas prohibiciones, casi mejor no ir, tirar del timbre de alarma, nunca se sabe lo que puede pasar, sobre todo no subir a los árboles ni entrarse mucho en el río, que es muy profundo, todos los años se ahoga alguien. Hago todo el viaje de pie, agarrado fuertemente a la barra dorada de una ventana, delante de un cristal que no se baja. El Cerro de los Angeles, y el señor de la barba explica algo, yo no oigo nada, espero que descarrile el tren; Aranjuez, y lo mismo, el señor que va a Cartagena dice muchas cosas, las vegas verdes, y los molinos de viento en la llanura, y Elisa y Paco escuchan al [107] [108] señor de la barba que sabe muchas cosas del camino y tose. Nos bajamos en La Roda, donde ya nos están esperando. El revisor viene a comprobar si hemos bajado, y el señor de la barba nos despide quitándose el sombrero muy ceremoniosamente. Abajo, en el andén, todo el mundo grita y besuquea, qué alegría cuando tuvimos el telegrama, ¿os ha pasado algo?, Dios mío, solos en el tren, con tanta gente mala que hay, y la tía mira amenazadora a los vagones. Allí están las primas, Luciana, gordezuela, un gran lunar en el carrillo, ya debía tener algo del tumor a la espalda de que murió, lejana tristeza, cómo una noche brotando, y María, una bondad de ojos azules, alta, espigadita, un poco sorda, mirando viva de uno a otro, ya malucha, después supimos que era tisis. Los primos, con el pantalón por la rodilla los muchachos, un poco mocosos, la corbata muy grande y la chaqueta muy corta, nos miran casi rencorosos, las manos en el bolsillo, no les hace ninguna gracia que hayamos venido. Quico es ya mayor, echa a andar delante con nosotros

y nos dice que si hay en Madrid chicas como la Sofía, que ya veréis, y luego a Paco, señalándome: Oye, éste es muy pequeño todavía, ¿no verdad?, y siento cómo me desprecian de repente y de acuerdo, esa desatendida quemadura de estar estorbando. Vamos por las tiendas del pueblo, donde compran cachivaches, y a unas cuantas casas de amigos o parientes, y en todas partes lo mismo: Mis sobrinos de Madrid, vienen a pasar una temporada, mire qué crecidicos. [109] Y la gente habla y dice palabras de cumplido, qué guapos, buenos mozos, qué altos, se nota que son de la capital, y yo miro de reojo a Paco y a Elisa, que llevan la cara cruzada de tiznajazos de hollín de la locomotora, un pudor indeciso de tanto mirarnos, inevitable comparar, ellos van con alpargatas, muchos de los chicos que salen por allí van descalzos, o al menos me lo parece, tan sucios, y yo llevo unas botitas de media caña negras, nuevas, y Paco unos zapatos brillantísimos, se compró todo en Almacenes Perpiñán, qué tarde de jaleo preparando cosas, ya pudimos comprar unas zapatillas, no nos mirarían tanto. Estoy deseando marcharme no sé bien a dónde, y sé que tenemos que andar mucho para llegar a La Chopera. Dos visitas más todavía, una de pésame a la prima de la confitera, que se murió el jueves pasado, Dios la tenga en su gloria, llagadica toda estaba la pobre, y, dentro, no se puede usted figurar cuánto la queríamos, y qué manos tenía, y ¿no me dice nada de mis sobrinos?, son de Madrid, y la prima de la confitera dice solamente sí, ya los veo, se echa de apreciar que no son de aquí, y, al salir, parece mentira, no decirles nada a los niños, qué sonsería, y no volveremos. Por fin, nos vamos. Se prepara la tartana en el parador. Contemplo el ajetreo de aquel patio, olor de cuadras, levantar los varaes para uncir (tú, ayuda), ver los aparejos de la jaca de cerca, un sonar de cascabeles, tocar la collera, la silleta, los tiros, la cincha, prodigio tras prodigio, y ya aprenderás [110] a hacerlo tú estos meses. Salimos. Como todos no cabemos en la tartana, algunos vienen detrás andando, y cantan, hablan, preguntan. Asombro. silencioso del llano, olivos polvorosos, las viñas verdes, crecidas, las ruedas de la tartana sumergiéndose en la tierra del camino, susurro sedante, desazón tumultuosa de no saber el nombre exacto de cada florecilla, de cada mata, de cada bichejo, ansia de qué saldrá de aquella revuelta del camino, una lejana brisa perfumada, cómo será esto de noche. Cuando llegamos, al oscurecer, el río suena entre los árboles, un ladrar de perros escoltándonos. La casa vacía, olor a cerrado, explorarlo todo viendo los muebles uno a uno, las salas, el reloj de pesas parado, el enorme calentador de cobre, los tarimones con jergonetas de hojas de maíz o de cebolla de azafrán, muchas estampas de santos, el río entrando vehemente por cada ventana que se abre, arcones blancos, y el andar, inclinadísimo ya, del tío abuelo, temblón, un bastón de bambú cubano para apoyarse, y su mano acercándose a mi cabeza: cómo te pareces a tu abuelo, galopín.

[107]

Ya dentro, el verano se iba en plenitud de campo libre, un gozo prolongado. Imposible recordar que la primera noche no se duerme, o que por la mañana se buscan en vano nuestros chismes en su sitio: los primos han subido muy temprano de su casa y nos han revuelto todo, deseosos de tener algo de Madrid. Quedan ya para siempre los paseos por las huertas, por los cerros, las horas de la siesta [111] junto al lendel de la noria, fresco creciente del agua descolgándose de los arcaduces, la burra descansando a cada ratito, espejeante la alberca. Ir reconociendo las especies de frutas, una familiaridad vegetal, manzanas de verde doncella, reinetas, asperiegas, meladuchas: las peras de agua, verdiñales, mosquerolas, de muslo de monja. La higuera, una sombra apretada, una vocación de oscuridad con frutos de sangre, y los nogales, maldición extraña dormirse a su sombra, y los melocotoneros, los albérchigos, granados y almendros, siempre un poco

despeinados y frágiles, siempre como recién llegados a la huerta, donde solamente los olmos y los chopos de la orilla parecían de asiento. Tardes en la era, dorada transparencia, sentado en el trillo, solo, mientras los otros se han ido no sé dónde (a ver bañarse a las chicas, creo), ya vendrán, ¡arre, mula!, inacabable giro sobre la parva desmenuzándose. Horas de chapoteo en el río, yo no voy tan adentro, los que nadan se meten en el caz del molino, pasmo, terror de los demás, y, una alegría asustadiza, sumergirse en la fría ternura del remanso. Y, a los pocos días de llegar, cuando suena la sirena de la fábrica de luz, reconocer desde el pretil del puente a todos los que salen del trabajo: Juan de la Cruz, que vive en la Fuente del Fraile, Gregorio el del Carrasco, Venancio el de los Montalvos, y Juan Luis, el de Fuensanta. Todos dicen al pasar alguna cosilla al madrileño, y después de un rato vienen, solos, los dos hermanos esos, que nadie les [112] habla, los de San Isidro, que una vez prendieron fuego a unos pinares del abuelo. Otro ratito, y baja renqueando por las cuestas del cerro el autobús de La Requenense, servicio público Casas Ibáñez (nadie sabe dónde está eso, ni cómo es de grande) a La Roda, camino del tren, coge las cartas, deja siempre algo para las tías, y el chófer pregunta inevitablemente por los forasteros, si irán a las fiestas, si no se aburren, es mejor la Puerta del Sol o la calle Alcalá, bien lo sabe él de cuando sirvió en el Inmemorial del Rey número 1, y yo no acabo de ver por qué es mejor que aquello una calle de Madrid, una calle donde no hay río, ni una presa con piedrecitas de colores, ni la blandura del montón de paja en la era, tibia en la noche desplegada.

Para las fiestas de septiembre, vamos a la casa del pueblo. El balcón del centro, solo sobre el enorme barandal seguido, está sin cristales. La higuera del patio ha levantado las losas al crecer, y el aljibe, blanco, tiene el brocal medio hundido, y, Jesús, si te cayeras, qué diría tu padre, ten cuidado, no quiero ni pensarlo. Hay que ir de visitas, siempre chocolate y bizcochos hasta ponerse malo, y a la novena, todo el mundo mirándonos por la calle, serán las botas o la blusa, algo que los demás no llevan, y ha venido un cura de Albacete, qué bien habla, es lo que hay que oír. Novena del Santo Cristo de la Buena Muerte y de Nuestra Señora de los Remedios, unas cuantas beatas rezongando y un cura jovencito que ataca al Dulce meneo, el baile [113] que unos valencianos han instalado en la plaza, y dice cosas que nadie escucha, todos pensando en la diversión de la noche. Son ya las vendimias, y hay en el pueblo un constante trajín de carros que van y vienen de las bodegas al campo, por todas las calles huele, dominando la feria, a pámpanos y azúcar, algo pegajoso y fuerte que contrasta con la quietud de esa hora en la ribera húmeda, el recogimiento en la casa antes de dormir. Las fiestas son ya el final, que se entrevé en las conversaciones, ya te cansas de esto, pronta irás al colegio, ya está lloviendo, qué de prisa viene el otoño este año. Sí, vuelta del otoño y fin del veraneo en la finca olvidada y venal, término de los días calientes junto al río, de tenderse en el ribazo de la noria (este chico no hace más que tenderse, qué vago es, como tuvieras que cuidar tú la hacienda), allí donde yo planté un retoño del olmo grande y prendió -si existirá, Señor-, otra vez mirar, con el crepúsculo pronto, al remanso de reajo, temiendo ver salir algún ahogado, arreglar el muro del jardín en previsión de las crecidas del invierno, una dilatada tristeza cuando se van recogiendo los trebejos en la casa, no os dejéis nada, ya están mirando nuestra ropa abobados, o las botas, y el tren pasa a las cuatro de la tarde, enfermuchas las primas que después se murieron, y la caricia temblorosa del tío abuelo, galopín, cómo te pareces, y encargos, llévate esto, los perros ladrando, el río se va quedando atrás, cuando doblemos la curva aquella ya no se ven los chopos, [114] cascabeleo de la jaca y la doble hilada del camino atajando, por no cruzarnos con algún auto por la carretera, se espanta el animal, la sirena de la fábrica, mediodía y resonando, ya pasarán por el puente los que van a comer, un poco detrás los dos hermanos, nadie habla

con ellos, y Quico estará poniendo bajo el puente la atarraya para pescar cangrejos, y me miro la palma de la mano donde uno me mordió, yo dando gritos y sin poder soltarle, hasta que vino Quico y le arrancó la pata y luego me la quitó (estos chicos de Madrid son zorrizontos, no saben coger ni un cangrejo), y en qué estás pensando, estás dormido, ya se ve la torre, iremos lo primero a sacar los billetes, y a ver si escribís, ya nos diréis si os encuentran mejorados, más recomendaciones, una distracción pesarosa, hasta el año que viene repitiendo, ya en marcha el tren, flor última, un frío inmóvil tarde arriba.

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

